

## CUERPO, GÉNERO Y CLASE EN LAS PRÁCTICAS VIOLENTAS DE UNA HINCHADA DE FÚTBOL

Nicolás Cabrera  
Universidad Nacional de Villa María (Argentina)

En el presente trabajo se exponen algunos interrogantes y reflexiones que se desprenden de mi trabajo final de grado de la licenciatura en Sociología de la UNVM (Cabrera, 2012a), en ella se buscó indagar en el lugar que ocupa(n) la(s) violencia(s) en la configuración de lógicas identitarias de los sectores populares, tomando como caso la hinchada del Club Atlético Belgrano de Córdoba (1). Para ahondar en dicha problemática, en el plano teórico tuvimos que acudir a la noción de cultura del aguante (Alabarces, 2004) para articular nuestras tres categorías centrales: violencia, identidad y cultura popular. En el plano metodológico, propusimos un abordaje etnográfico sobre las prácticas y representaciones violentas de los miembros de la hinchada del Club Atlético Belgrano. Los registros etnográficos se realizaron en el campo o escenario principal en el cual adquieren visibilidad las prácticas violentas de la hinchada: los estadios de fútbol y los viajes alrededor del país en los que la hinchada se traslada para acompañar a su equipo. La observación participante consintió en acompañar a la hinchada de Belgrano durante más de un año y medio en un total de 42 partidos que disputó el equipo (32 en condición de local y 10 de visitante en distintas provincias del país). Con esto pretendo explicitar la estadía prolongada y sistemática de mi presencia en el campo, requisito indispensable de todo trabajo etnográfico serio. La observación participante fue complementada con entrevistas semiestructuradas a informantes claves, desde miembros de la hinchada hasta hinchas comunes, hombres y mujeres.

Aquí abordaremos la cultura del aguante —como cultura de la violencia— que los miembros de la hinchada producen y reproducen en sus interacciones cotidianas. A lo largo del trabajo iremos desmenuzando y comprendiendo el lazo indisoluble existente entre las nociones de corporalidad, género, clase, identidad y violencia que prescribe la cultura del aguante, así veremos que los miembros de la hinchada construyen prototipos de *corporalidades populares, masculinas y aguantadoras* que contribuyen a legitimar a la violencia como principal recurso de identificación.

### Descripción densa de una hinchada

La hinchada de Belgrano se autodenomina “Los Piratas” (2). En su totalidad oscila entre los 100 o 150 miembros aproximadamente, aunque existe un núcleo duro y fijo de no más de 50 personas. Todos ellos son hombres, las mujeres tienen absolutamente vedada la pertenencia a la barra. La exclusión de ellas es explícita, se vislumbra en la negativa a portar los “carnet de la barra”, en la prohibición a “pararse en para-avalanchas” o en los problemas que tienen para viajar en los ómnibus de la hinchada cuando el equipo juega de visitante. La gran mayoría de los miembros de la hinchada son hombres jóvenes y adultos de los sectores populares, pertenecientes a una franja etaria que ronda entre los 15 y los 40 años de edad

aproximadamente. En menor medida hay un porcentaje que van desde los 40 hasta los 60 años. Esta especie de hiato generacional está permanentemente marcado por los sujetos, ya sea por una “diferencia en los códigos” o por la distribución en la estructura jerárquica de la hinchada. “Los viejos” ocupan las posiciones más privilegiadas dentro de la hinchada y se los reconoce como “la primera línea” de la barra, mientras que “los pibes” o “los guachos” se los identifican como “la fuerza de choque” o “segunda línea”. Las jerarquías no solo responden a una cuestión estrictamente etaria sino a la capacidad de “negociación” que tienen los sujetos en la búsqueda y consecución de diferentes tipos de recursos provenientes de los distintos espacios de poder que participan en el complejo entramado del fútbol argentino: dirigentes, jugadores, hinchadas de otros clubes, periodistas, policías, políticos, entre otros. La obtención y distribución de los recursos opera como mecanismo de consensos y reproducción de las posiciones de poder en la barra. Como sostiene Moreira “el control de los recursos es uno de los significados y una de las medidas de poder” (Moreira, 2005: 77). Esta lógica interna se traduce en una estructura organizativa heterogénea, inestable, conflictiva y estrictamente vertical y jerárquica.

Siguiendo a Elías y Scotson (2000), podemos decir que en el universo interno de la hinchada se tejen relaciones de poder que instituyen una figuración social dividida entre *establecidos* y *outsiders*. Según el recorte analítico que hagamos —ya sea tomando la hinchada como totalidad, las relaciones entre las distintas facciones que convergen en ella o el organigrama interno de cada facción— en todos ellos encontramos relaciones asimétricas de poder que conforman un campo de dominados y dominantes. El recurso que configura las relaciones de poder del “universo pirata” es el *aguante*. Su posesión —y su efectiva demostración— permiten acumular prestigio, honor y reconocimiento en la hinchada y posibilita el ascenso a posiciones privilegiadas.

La composición socio-económica de la hinchada es heterogénea, pero sin llegar a ser un conglomerado policlasista. La convergencia de obreros calificados, personal administrativo y burocrático, trabajadores de la construcción, empleados de servicios y comercios, desempleados, beneficiarios de planes sociales, ladrones, estafadores y traficantes de estupefacientes nos impide utilizar la noción de *clase* en su concepción clásica. Por eso preferimos utilizar una noción que sin dejar de contemplar un fuerte anclaje material y sin dejar de remitir a las dimensiones de la desigualdad, la dominación y los efectos diferenciales del poder, permite ampliar el recorte empírico de nuestro estudio de caso, nos estamos refiriendo a la categoría de *sectores populares*. En su versión gramsciana lo popular debe ser entendido como lo subalterno. La subalternidad refiere al “atributo general de subordinación” (Alabarces, 2008: 288) en la verticalidad de la estructura social. En la hinchada de Belgrano la enorme mayoría proviene de los sectores populares, ya que entre ellos comparten una condición estructural caracterizada por tener “menores niveles de participación en la distribución de los recursos de valor instrumental, el poder y el prestigio social, y que habilitan mecanismo de adaptación y respuesta a estas circunstancias, tanto en el plano colectivo como individual” (Miguez y Semán, 2006: 24). Se trata de una doble subalternidad vinculada a una desigualdad

estructural en el plano material y simbólico. Esta concepción de sectores populares incluye y excede a la clásica concepción marxista de clase —que reduce el posicionamiento social de un sujeto a su participación en el sistema productivo— ya que, además, incluye la distribución desigual del prestigio y el reconocimiento social.

### **Corporalidades masculinas aguantadoras**

En los miembros de la hinchada de Belgrano, se observan ciertas representaciones en torno a la corporalidad y la masculinidad que operan como soportes a las prácticas violentas que en ella tienen lugar. Cuando interrogué a Cachi —un empleado municipal de 48 años que durante muchos años fue considerado un hombre de “la primera línea de la barra— sobre cuál creía él que era la particularidad de la hinchada de Belgrano, me contestó:

Cada hinchada tiene su idiosincrasia; la de Belgrano, yo creo que particularmente que, noté, de que, que tenías que bancártela, tenías que tener huevo para ir al frente, este, ir ganando algunas medallas propias de la competencia de fuerzas, ¡testosterona! (risas) cla [...] algo hormonal.

La reflexión de Cachi nos muestra un lazo indisoluble entre la corporalidad, la masculinidad y las prácticas violentas de los hinchas. Para “bancársela” se necesita tener “huevos” e “ir al frente” con el cuerpo y además se requiere “fuerzas” y “testosterona”. Durante nuestra experiencia de campo pudimos ver cómo la hinchada se define como un universo exclusivamente masculino. En torno a la violencia de la hinchada se construye ante todo una identidad de género. En un estudio sobre masculinidad, homosexualidad y fútbol, Rodríguez afirmó que “la masculinidad de un hombre es el uso que le da a su cuerpo” (Rodríguez, 1998: 252). Para explicar cómo la violencia opera como recurso identitario en la hinchada, debemos incluir necesariamente una dimensión de género, y para esto último necesitamos indagar en los usos y en las representaciones que los miembros de la hinchada hacen sobre sus cuerpos. El aguante es el concepto nativo que articula las dimensiones de corporalidad, masculinidad y violencia (Garriga Zucal, 2005). Nosotros pudimos observar que la masculinidad que se arrojan los miembros de la hinchada es una insignia que debe exhibirse mediante repertorios corporales ritualmente escenificados: practicar con habilidad y resistencia las técnicas propias de los enfrentamientos violentos, cantar y saltar enérgicamente antes, durante y después de cada partido, no dormirse ni demostrar señales de fatiga en los largos viajes, consumir alcohol y drogas sin sobrereactuar sus síntomas, exponer el torso desnudo durante bajas temperaturas y tormentas lluviosas, profesar una frecuente e inagotable actividad sexual y ostentar tatuajes o cicatrices producto de combates cuerpo a cuerpo. El rasgo recursivo de todas estas prácticas corporales masculinas es que todas ellas suponen *la prescripción de soportar físicamente —aguantar— sin doblegarse*. Los miembros de Los Piratas se identifican como hombres con cuerpos aguantadores, es decir, corporeidades duras, fuertes, con un alto umbral de resistencia al dolor físico y emocional y con vasto conocimiento en las técnicas corporales de

enfrentamientos físicos.

A lo largo del trabajo iremos desmenuzando y comprendiendo el lazo indisoluble que existe entre las dimensiones de corporalidad y masculinidad que prescribe la cultura del aguante y las prácticas violentas sobre las cuales los miembros de la hinchada construyen su identidad en tanto comunidad de pertenencia.

### **Cosas de hombres**

Varios autores han buscado en el ethos masculino del fútbol las causas de su violencia estructural, Archetti fue el primero en plantearlo para el caso argentino (Archetti, 1985). Para él el fútbol es un ritual masculino en el que los espectadores se afirman como "verdaderos hombres" a partir de tres alteridades radicales: las mujeres ("minas"), los hombres homosexuales ("putos") y los púberes o niños ("guachos" o "pendejos"). Esta afirmación masculina se construye en torno a Los Piratas que se autodefinen como "verdaderos machos aguantadores", es decir, construyen un prototipo ideal de masculinidad en el que se valora la bravura, coraje, honor, guapeza, fuerza física, virilidad, autonomía, resistencia al dolor y predisposición al enfrentamiento violento. En contra partida se rechaza la fragilidad, sensibilidad, debilidad, pusilanimidad, cobardía, heteronomía y el repudio a las prácticas violentas. Las personas que se aproximen al prototipo normativo de "hombres" o "machos" serán definidas como parte de la hinchada, por el contrario, quienes no lo hagan serán representados en términos de alteridad. La cultura del aguante prescribe una moralidad masculina que opera trazando fronteras identitarias.

### ***Ni "minas", ni "guachos", ni "putos": "Machos"***

Como ya dijimos anteriormente, las mujeres y los niños tienen vedada la membresía a la hinchada. Pero en la cultura del aguante la principal alteridad son los hombres nativamente definidos como "putos". Los hinchas de Belgrano se consideran "los verdaderos machos aguantadores" en oposición al resto de las alteridades definidas como "putos". La dicotomía identitaria entre "machos"- "putos" se construye sobre atributos propios de cada uno de los polos. Los "machos" tienen "huevos" porque se "la bancan", esto se expresa en su valentía, coraje, fuerza física y predisposición a la violencia. Los "putos" no son "verdaderos hombres", su "carencia de huevos" se expresa principalmente en que rehúsan los enfrentamientos violentos, ellos "corren" en todos lados, no "se paran de manos". La hinchada de Belgrano construye su propia identidad colectiva a partir de un proceso semántico que intenta *desmasculinizar a sus alteridades, es decir, simbolizarlos como no-hombres*:

A	B	C	D
Soy Pirata cordobés, soy hincha de Belgrano, te sigo descontrolado, marihuana y un papel, yo le dije al matador que	Llorando se fue la gallina puta de la "T". Llorando se fue la gallina puta de la "T". Cuando aprenderá que	Ya llegó la banda. Llegó la primera barra. Meta porquería. Copamos en todas las canchas.	Son todos unos putos. Son los <i>floggers</i> de Instituto. Oh, son todos unos putos.

<p>espere un poco más, que el día le iba a llegar, que los íbamos a coger, hijos nuestros otra vez, hijos nuestros otra vez.</p>	<p>Belgrano es su papá. Che gallina andá hacerte culear. Cuando aprenderá que Belgrano es su papá. Che gallina andá hacerte culear.</p>	<p>Yo soy de Belgrano. Lo sigo desde pendejo. Talleres y toda la yuta a mí me chupan un huevo.</p>	
--	---	--	--

En los cánticos mencionados encontramos tres alteridades distintas: Talleres (nombrado como "matador", "gallina", "T" y "Talleres"), la policía (nombrado como "yuta") e Instituto (nombrado como "Instituto" o "floggers"). En todos los casos se observa una operación simbólica tendiente a desmasculinizar a dichas alteridades. El carácter de no hombres de estas otredades se expresa en dos cuestiones. En la canción "A" y "B" se construye el par identitario Belgrano-papá y Talleres-hijo, en el cual se pretende reforzar una relación de poder que el primero ejerce sobre el segundo. Simbolizar al otro como un niño o hijo significa negarle la calidad de "verdaderos hombres". Archetti ya demostró cómo "el mundo masculino no solo se opone al mundo femenino, sino que aparece asociado a la idea de madurez, autonomía, independencia y capacidad de ejercer su voluntad" (Archetti, 1985: 95), todas características que un niño no posee. Y en segundo lugar, se construye un par dicotómico que simboliza un acto sexual en el que la hinchada de Belgrano cumple un rol "activo" y sus alteridades uno "pasivo". En la canción "A", Belgrano "se coge" a Talleres; en la canción "B", Talleres "se hace coger"; en la canción "C", Talleres y la policía "le chupan un huevo" a la hinchada de Belgrano; y en la canción "D", la hinchada de Instituto es representada como "putos". Como se observa en los cánticos, la noción de "puto" está vinculada a prácticas sexuales, pero no se agota en esa dimensión. El "puto" no solo refiere a un rol u orientación sexual, sino también a una predisposición reticente, evasiva y pacifista frente a los enfrentamientos violentos, por lo que equiparar "puto" con homosexual es correcto pero reduccionista. En la categoría de "puto" no solo se instituye a los homosexuales como alteridad, sino también se confirma a las prácticas violentas —el aguante— como relaciones de poder y dominación. Si bien las canciones se refieren a actos sexuales entre hombres, sería erróneo leer en ellas una positivización de prácticas homosexuales, eso sería no comprender la cultura del aguante. Muy por el contrario, en el contexto del fútbol argentino, cuando un hombre se viola o "se coge" a otro "no está ejecutando un acto homosexual sino un gesto de poder" (Rodríguez, 1998: 246). Esto queda expresado en el significado que condensa la noción de "puto" dentro de la cultura del aguante, allí esta categoría, como dijimos anteriormente, no hace directa referencia al homosexual. "Puto" —siempre refiriéndonos en la cultura del aguante— es un insulto que señala al mismo tiempo la carencia de aguante y una relación de dominación (Alabarces y otros, 2008). Es alguien que por ser cobarde y rehusarse a enfrentarse violentamente, puede llegar a ser objeto legítimo de una dominación violenta por quien se arroga la posesión del aguante. En la cultura del aguante los definidos como "putos" deben ser simbólica y materialmente poseídos, tomados, penetrados y dominados por la fuerza.

Definir a las alteridades como "hijos" o "putos" busca demasculinizar a las alteridades, esto

traza distinciones e identificaciones. Los miembros de la hinchada son "verdaderos hombres" que se la aguantan mientras que sus alteridades, los no hombres, carecen de aguante. En resumen, la positivización axiológica de la violencia que tienen los miembros de la hinchada se convierte en un *recurso* que sirve para afirmar su identidad masculina. La violencia consagra una diferencia entre los "verdaderos hombres" y los "no hombres" representados en las mujeres, los niños y los homosexuales. Las prácticas violentas en la hinchada, en tanto ritual de institución, permite "instituir una diferencia duradera" (Bourdieu, 1993: 113) entre los sujetos que han tenido esa experiencia violenta y quienes no. Ahora bien, a raíz de lo expuesto emerge una legítima pregunta, ¿por qué se define como no hombres a los niños, mujeres y homosexuales? *Porque para Los Piratas no son cuerpos aguantadores*. Ninguna de las alteridades nombradas son poseedoras de los atributos que prescribe la moralidad masculina-corporal aguantadora. Para los miembros de la hinchada, ni los niños, ni las mujeres ni los "putos" son cuerpos con un alto umbral de resistencia al dolor físico y emocional ni con conocimiento y competencias para los enfrentamientos físicos. *Si la violencia, como práctica eminentemente corporal, es el rasgo distintivo de los miembros de la hinchada, todas aquellas corporalidades no aptas para esa práctica serán excluidas de dicha membresía*. A continuación indagaremos cuáles son las prácticas, representaciones y usos corporales que conforman la cultura del aguante y cómo opera esta dimensión en una construcción identitaria en la cual la violencia emerge como el recurso por excelencia.

### **Los usos y representaciones corporales de la hinchada: de cuerpos duros, fuertes y resistentes**

La hinchada de Belgrano como comunidad moral (Cabrera, 2012b) construye un sentido de pertenencia a partir de una experiencia corporal que es la violencia, por eso se nos vuelve imperativo indagar en la corporeidad de Los Piratas.

En la corporalidad del máximo "capo" de Los Piratas, se condensan una multiplicidad de símbolos que lo convierten en un vector semántico privilegiado. El cuerpo del "Loco Beto" — líder de la hinchada de Belgrano desde hace casi cuarenta años— es una atractiva invitación a la interpretación hermenéutica ya que su corporeidad es un "emblema de la trayectoria" (Isla, 2002: 304) individual y grupal. Su experiencia corporal, enérgica kinésica, gestualidad y sus inscripciones corporales dan cuenta de su corporalidad aguantadora. Su liderazgo reposa en que es representado por el resto de los miembros de la hinchada como el máximo exponente y portador de la cultura del aguante. Cuando charlábamos con Jorge —miembro de la hinchada de 27 años, vecino de "la villa del puente 15" y plomero— sobre las características de Beto y sobre qué se tenía que tener para ser jefe de Los Piratas, él me comentaba:

O sea, te la tenés que aguantar, porque de frente mar que te la tenés que aguantar. Porque en cuarenta años, mirá vos si no te van a querer venir a pelear el mando, nunca. Y con las bronca, con la igualdad, o sea, el viejo fue uno... es de la primera línea y vos decís "el viejo, está viejo, boludo" y

el viejo era la primera línea, tirando luces para todos lados ¿entendés? O sea, te la tenés que aguantar. Es verdad, el apodo no lo tiene al pedo “el Loco”, ¡el loco Beto! [Aumenta el tono de la voz, pronuncia cada palabra pausadamente y agita su brazo derecho].

Beto es representado como un "loco" que ha "aguantado de todo". Resiste al tiempo ya que con más de 60 años de edad —de ahí el mote de "el viejo"— sigue "bancándose" rituales de la hinchada que exigen una gran vitalidad y energía física: los largos viajes, "el agite" permanente para toda la puesta en escena de la hinchada, las negociaciones con la policía, dirigentes, jugadores, políticos y otras hinchadas y, obviamente, los esporádicos combates que involucran a la hinchada. Beto también ha resistido todos los avatares institucionales y deportivos del Club, como por ejemplo una quiebra y varios descensos de categorías. Pero lo más importante tal vez sea que sea que él ha "aguantado todos los quilombos de la hinchada" y los ha sorteado con éxito, él ha vivido personalmente todos los combates y enfrentamientos que ha tenido la hinchada de Belgrano y ha sobrevivido durante casi 40 años de liderazgo. Y hay un último dato que termina de cerrar la representación carismática que tiene Beto que lo vuelve un sujeto digno de "heroísmo o ejemplariedad" (Weber, 1994: 172) ante los ojos de sus subalternos. El cuerpo de Beto ha resistido concretamente más de seis disparos de arma de fuego en su contra, dos que fueron producto de un mítico enfrentamiento entre Los Piratas y la hinchada de Boca Juniors conocida como "La 12" y otros tantos en una pelea doméstica con un miembro de su familia. Estos hechos, más todo lo sostenido anteriormente vinculado a su experiencia corporal, hacen que Beto sea representado por el resto de los miembros de la hinchada como el máximo exponente de la cultura del aguante, lo cual se traduce en un liderazgo y una autoridad que en muy pocas oportunidades es susceptible de cuestionamientos.

Los parámetros normativos de una corporalidad aguantadora no solo se observan en Beto, la mayoría de los miembros de la hinchada reproducen dicha lógica corporal aunque no necesariamente sean portadores efectivos de esas corporeidades. Como ya dijimos, *las formas corporales de ser en el mundo que tienen los miembros de la hinchada se caracterizan por el "endurecimiento", la "fortaleza" y la "resistencia" de los cuerpos. Ambos rasgos son recursos que les permiten construir sus identidades violentas al interior de la hinchada. Sin embargo, el imperativo de tener cuerpos "duros", "fuertes" y "resistentes" excede a la cultura del aguante propia del fútbol y se vincula con las condiciones materiales y simbólicas de vida de los miembros de la hinchada, es decir, en los usos sociales y representaciones corporales de los miembros de la hinchada no solo encontramos la reproducción de parámetros culturales de una comunidad específica sino también una cultura somática de clase* (Boltanski, 1975). Trataremos de exponer las relaciones que observamos entre las condiciones socio-económicas de vida de los miembros de la hinchada, y sus usos y representaciones corporales. Al interrogar y escuchar sobre algunas trayectorias individuales, nos encontramos que en un número significativo de casos los miembros de la hinchada dicen haber experimentado importantes estados de necesidad producto de condiciones de pobreza y vulnerabilidad, lo cual

se tradujo en una capacidad de soportar ciertas condiciones corporales desfavorables: frío, hambre, extensas jornadas laborales, hacinamiento, encierros, golpes, etcétera. También es común escuchar que ellos han tenido que "demostrar" en otros espacios de sociabilidad reservada mayoritariamente para las clases populares —sus barrios, sus escuelas, "la calle", la cárcel o el baile— una corporalidad dura, fuerte y resistente. Y finalmente nos parece que también incide las condiciones de trabajo que aparecen más recurrentes dentro de la hinchada. En ella hay un fuerte predominio de trabajos manuales en detrimento de actividades intelectuales, por lo que la *fuerza* de trabajo aparece como el principal recurso de supervivencia. Ya sea en obras de la construcción, en el manejo o mantenimiento de maquinarias, en oficios manuales o en actividades delictivas, en todas esas actividades se le exige al cuerpo una fortaleza, una fuerza y una resistencia mayor a la requerida en otras ocupaciones más características de los sectores medios y altos que aparecen vinculados a un trabajo más intelectual. Todos estos factores hacen que en lo referido a la corporalidad, la cultura del aguante sea un universo simbólico donde se potencian ciertas características corporales de clase que exceden al ámbito futbolístico pero que se resignifican en él.

Ahora bien, ¿en qué prácticas corporales concretas se traduce esa representación de cuerpos duros, fuertes y resistentes? Según nuestra experiencia de campo, encontramos dos prácticas que aparecen vinculadas a esta noción de cuerpo: los hábitos de consumo y ciertos parámetros estéticos.

#### a) Hábitos de consumo

Las prácticas corporales de la hinchada están fuertemente reguladas, ya que se prescriben algunas acciones adecuadas y se estigmatizan otras tantas, el consumo de alcohol y drogas es un claro ejemplo de ello. Entre los miembros de la hinchada los consumos de drogas y alcohol son frecuentes y cotidianos, durante los viajes o los partidos, el "escabio", "el faso" y "la merca" son los consumos más habituales, en menor medida se consumen algunas "pastillas" o "pepas" como el rohypnol, rivotril, alplax, etcétera. Estas prácticas sirven como vehículos de sociabilidad, identificación y jerarquización entre Los Piratas porque no solo generan rituales de consumo colectivos, sino que también construyen códigos normativos y marcas identitarias comunes. La hinchada se presenta como una barra "de la cabeza" y "descontrolada" en la que dichos consumos están fuertemente legitimados y positivamente valorados:

A	B	C
Yo paro en una banda que está muy descontrolada que sigue a los celestes con el porro y con la pala no importa caer en cana, siempre a vos te seguiremos, la banda estará presente juegues o no en el gallinero, se lo dedico a Talleres mamá	Me lo dijo una gitana me lo dijo con fervor vos dejás la marihuana o te vas para el cajón me lo dijo una gitana yo no le quise creer yo sigo tomando vino le hago al porro y al papel esa gitana loca tiró las cartas	Como me gustaría que legalicen la marihuana. Para fumarme un porro por la mañana. Para tomarme un vino y una cerveza. Para ver a Belgrano de la cabeza. Soy de Belgrano. Soy de Belgrano.

y a toda la policía se lo dedico a talleres mamá y a toda la policía.	me dijo que Belgrano sale campeón lo corrimos a Talleres y no pasó nada sigo siendo celeste de corazón.	
---	---	--

Como todas las prácticas corporales de la hinchada, el consumo de drogas y alcohol está fuertemente regulado ya que se prescriben algunos comportamientos aceptados y otros estigmatizados. En la hinchada es bien visto aquel que consume en cantidad las sustancias anteriormente dichas, pero siempre y cuando sus efectos no dobleguen una postura corporal y emocional "rescatada", es decir, que no se deben hacer visibles ante los otros los efectos de un consumo desmedido. En más de una ocasión, principalmente en los viajes a otras provincias que es cuando más se consume, he podido observar como algunos sujetos son objeto de burlas o menosprecios debido a que, o bien no consumen nada y son tildados en tonos jocosos de "gallinas", "putos" o "pechos fríos", o bien no pueden ocultar los efectos más radicales del alcohol o las drogas y son objetos de burlas en las que se los identifica como "flojitos", "palomitas" o se les dirigen frases como "si no sabes tomar, no tomés". En un plano superficial de análisis nos parecería contradictorio, o al menos paradójico, que se reivindicque algo que en algún punto se pretende ocultar, sin embargo, si lo leemos en clave contextual se podrá ver que estamos frente a otro caso en el que se afirma una moralidad de corporalidades masculinas. El "verdadero" cuerpo masculino definido por los hinchas es aquel que "resiste" y "soporta" el uso y abuso de aquellas sustancias que alteran el estado de ánimo. Las personas que no consumen y las que no toleran sus efectos (expresado en prácticas corporales como el vómito, el dormirse, la pérdida de postura, el balbuceo en el habla, el "mandibuleo" constante o la euforia desmedida) no cumplen los parámetros corporales que la moralidad masculina prescripta por la cultura del aguante exige, por ende, generalmente son identificados con nociones que denotan fragilidad, cobardía, debilidad, inmadurez, sensibilidad, flojedad, entre otros.

#### **b) parámetros estéticos**

La cultura del aguante define una estética corporal de cuerpos duros, fuertes y resistentes. Esto se expresa en dos rasgos compartidos por los miembros de la hinchada: un modelo anatómico ideal de cuerpo masculino que aparece relacionado con "lo grande" y las exhibiciones de las marcas corporales (Garriga Zucal, 2010). En este apartado trataremos de demostrar cómo ambas construcciones simbólicas sobre ciertos rasgos biológicos tienen que ver con hacer de la violencia el principal recurso identitario.

En la hinchada se valoran los cuerpos "altos", "gordos" y "duros", de barrigas sobresalientes, brazos y piernas voluminosas, cuellos robustos y espaldas anchas. *La positivización de estos rasgos anatómicos pasa por sus competencias para los enfrentamientos físicos.* Son cuerpos difíciles de "tumbar", "correr" y doblegar. Si bien no todos los miembros de la hinchada responden efectivamente a esos parámetros estéticos, la mayoría de ellos lo considera el cuerpo ideal, ya que son cuerpos con más capacidad de aguante. Esta corporalidad idealizada

por los hinchas se construye a partir de dos alteridades corporales: los cuerpos adjetivados como "flacos" "pequeños", "frágiles" y "débiles" y aquellos entrenados gimnásticamente. Mientras que la primera otredad opera en tanto afirmación identitaria de género, la segunda hace lo suyo en relación con una frontera de clase.

Para el primer caso vale repetir algo que ya dijimos: cuando Los Piratas se autodefinen como "verdaderos hombres con aguante", construyen un prototipo ideal de cuerpo masculino en el que quedan excluidas aquellas corporeidades frágiles, sensibles, débiles, delgadas, entre otros, es decir, cuerpos que no tienen un alto umbral de resistencia al dolor físico y emocional ni cuentan con conocimientos y competencias para los enfrentamientos físicos. Recordemos que estas corporalidades se asociaban a los "putos", las mujeres y los niños. Pero nos resulta más interesante y novedoso, teniendo en cuenta lo desarrollado hasta aquí, pensar en la segunda alteridad corporal, la de los cuerpos estilizados y entrenados. En esta oposición encontramos una lucha de clases en torno a "la imposición de las normas de percepción y de apreciación del cuerpo" (Bourdieu, 1986: 189). Los miembros de la hinchada son cuerpos populares que buscan diferenciarse del cuerpo institucionalizado de los sectores medios y altos. El cuerpo popular "es fuerte por 'naturaleza', no una complexión marcada o estilizada" (Elbaum, 1998: 242), su fortaleza, macizez, endurecimiento y robustez es "verdadera" ya que se origina en sus condiciones materiales de existencia —el trabajo manual y pesado, diversos sufrimientos corporales producto de necesidades materiales insatisfechas y la cotidianeidad de las violencias tanto institucionales como interpersonales— y no es construido y armado en el tiempo ocioso del gimnasio. El cuerpo modelado, trabajado, disciplinado por ejercicios físicos y regímenes alimenticios, mayoritariamente de los sectores medios y altos, es objeto de burla entre los miembros de la hinchada porque no es considerado auténtico, ni útil para los enfrentamientos violentos. Para ellos, un verdadero cuerpo aguantador es el forjado en la experiencia práctica de los combates corporales y callejeros, no en la rutina disciplinaria de un gimnasio o alguna competencia *amateur* o profesional. Para Los Piratas *el auténtico cuerpo aguantador está vinculado a una realidad de clase en tanto experiencia* (Thompson, 1989; XIII). El aguantársela o no tiene que ver con experiencias estructuradas materialmente, que se traducen en una conciencia moral que delimita un horizonte de prácticas legítimas y un repertorio de costumbres en común.

La otra vía de aprehensión de la estética corporal de cuerpos duros, fuertes y resistentes que reproducen los miembros de la hinchada es la permanente exhibición que ellos hacen de ciertas marcas corporales. Miguez sostiene que la piel es una "superficie de registro de la propia biografía" (Miguez, 2002, 9) y, podemos agregar, de la propia identidad. Nosotros trabajaremos a partir de dos tipos de marcas corporales que pudimos registrar en nuestro trabajo de campo: las cicatrices y marcas inscriptas en el cuerpo producto de enfrentamientos físicos y los tatuajes. Si bien ambos símbolos tienen lógicas y sentidos particulares, entre ellos hay un significado en común: exponen la centralidad del cuerpo en la constitución y en la expresión identitaria de los hinchas y sirven para comunicar que son corporalidades con un alto umbral de resistencia y tolerancia al dolor.

Ya vimos anteriormente que el tener aguante, o no, no es algo que se pueda dirimir en el plano discursivo o retórico, sino que se corrobora en el universo práctico. Por eso, cuando los hinchas narran sus experiencias violentas pasadas, se vuelve necesario aportar "pruebas materiales" de su efectiva participación en dichos combates, las cicatrices y marcas corporales cumplen esa función. Solo las inscripciones corporales producto de las peleas hacen que el relato del orador deje de ser "puro chamuyo" y se convierta en una demostración efectiva del aguante poseído. Una de las peleas que más recurrentemente surgió durante las entrevistas y conversaciones que presencié fue la de Los Piratas contra la hinchada de Newell's en Rosario (que yo presencié en calidad de hincha en el torneo apertura del 2006). Para mis informantes ese día la hinchada de Belgrano demostró por qué "se la aguanta adonde va". A pesar de recibir, en condición de "visitante" —aquí nativamente se hace referencia a que se estaba en una ciudad y provincia ajena y en una significativa inferioridad numérica—, "piedrazos de todos lados", balas de goma de la policía y balas de arma de fuego de la hinchada de Newell's, la hinchada de Belgrano "se paró" y "se la bancó", es decir, respondió a la violencia con más violencia. Pero lo que a nosotros nos interesa no es tanto la veracidad o no de los relatos de los hinchas, sino las estrategias con las cuales testimonian su participación en los enfrentamientos. Al preguntarle a Jorge sobre la "bronca" con Newell's me decía:

- EO: Uno de mis amigos, ehh... luquió tres balazos de goma, el Loco Julio.
- ER: Tres balazos.
- EO: Y bueno... son cosas que pasan, loco.
- ER: Y sí, de una ¿Y sacabas chapa después de eso? ¿o no?
- EO: ¿Y Julio? ¡oh! (se ríe) no dejó dormir al bondi.

Julio lejos de lamentar y padecer "los tres balazos" recibidos, se pasó todo el viaje exhibiendo y ostentando sus marcas que no solo eran prueba fidedigna de su participación en los hechos, sino que además exhibían su entereza, insensibilidad y resistencia frente al dolor. Me interesa demostrar que las secuelas de las peleas posteriormente se capitalizan como pruebas de aguante. Bourdieu sostuvo que "todos los grupos confían al cuerpo, tratado como una memoria, sus depósitos más preciados" (Bourdieu, 1993: 120). En el universo moral de la hinchada el cuerpo es depositario de las marcas y cicatrices de peleas que operan en tanto insignias y medallas que después se capitalizan a la hora de medir el aguante. Son marcas que tienen una clara función expresiva: corroboran que los sujetos son corporalidades masculinas aguantadoras.

Entre los miembros de la hinchada de Belgrano hay una fuerte tendencia a tatuarse el cuerpo, su "calidad" y "mensaje" varían, pero podemos decir que mayoritariamente hay referencias a Belgrano, la hinchada, el estadio, barrios, referencias "tumberas", familiares, connotaciones religiosas y mujeres. En un interesante trabajo, Miguez (2002) analiza la función expresiva que tienen los tatuajes en la construcción identitaria de jóvenes delincuentes, retomaremos varios de sus postulados y los resignificaremos a nuestro caso empírico. En los hinchas de Belgrano

hacerse “una tinta” o “un escrache” tiene un triple sentido. Por un lado, implica considerar a la propia piel como vehículo expresivo primordial de la identidad adoptada. En sus condiciones objetivas de vida donde la inestabilidad —laboral, económica, judicial, domiciliaria, etc.— es un patrón recurrente, la piel es representada como una de las únicas propiedades constantes, inmutables y “para siempre”. Además tatuarse es exponer al cuerpo a situaciones de peligro y riesgo, es someterlo a una importante cuota de dolor físico y a probabilidades de infecciones. Más si tenemos en cuenta que gran parte de esos tatuajes son hechos con tecnologías de baja calidad y en condiciones de seguridad sanitaria mínimas, muchos de los tatuajes que pude observar son producto de máquinas “caseras” o “tumberas” o se las ha realizado un “amigo” o conocido en lugares no habilitados ni registrados. Este punto no solo nos muestra cierta despreocupación por los valores de pureza, pulcritud, higiene y salubridad ponderados por otros sectores sociales, sino que también vuelve a remitirnos a la gran capacidad de resistencia y tolerancia al dolor físico que profesan los hinchas. El tercer sentido que podemos leer en la práctica de tatuarse es que el cuerpo portador de “la tinta” debe “bancarse” las consecuencias de su portación. Así como portar un tatuaje conlleva a cierto reconocimiento, prestigio e identificación al interior de la comunidad de la hinchada, el sujeto tatuado sabe que esa misma identificación lo expone a potenciales sanciones violentas por parte de las alteridades radicales a la hinchada, sobre todo las hinchadas adversarias y la policía ya que el tatuaje nunca se puede esconder ni disimular. En resumen, tener un tatuaje es síntoma de “aguantársela”. Mientras más “grande” y visible sea el tatuaje, “mejor”. Como dijimos anteriormente “lo grande” es el valor más recurrente en el modelo ideal de cuerpo masculino, además el tamaño es directamente proporcional al dolor causado y a su grado de visibilidad.

### **Aguante, violencia y sociedad**

Hasta aquí, hemos tratado de exponer el lazo indisoluble que hay entre las concepciones de corporalidad y masculinidad que prescribe la cultura del aguante y las prácticas violentas de los hinchas como recurso identitario primordial. Las prácticas y las representaciones descritas anteriormente apuntan en un mismo —aunque no único— sentido: *legitimar a las prácticas corporales violentas como el principal recurso identitario*. Definirse como un universo exclusivamente de “machos” y de cuerpos “duros”, “fuertes” y “resistentes” condensa un acervo de prácticas, conocimientos y representaciones que, al mismo tiempo que institucionaliza diferencias y jerarquías según las competencias de los sujetos para los enfrentamientos violentos, también opera como soporte legitimador de prácticas de la misma naturaleza. En otras palabras, se positiva axiológicamente un universo simbólico y material —contradictorio, asistemático, estratificados y problemático— en el que la violencia emerge como un recurso tan lógico como aceptado.

También vimos que estos procesos no pueden reducirse a lógicas específicas y plenamente autónomas del campo del fútbol y las hinchadas. Como sabemos hay autonomías, pero relativas. La cultura del aguante a pesar de estar circunscripta al universo de las hinchadas, aparece transversalmente atravesada por procesos macroestructurales. En las prácticas y

representaciones de los miembros de la hinchada se *actualizan* procesos estructurales que remiten a una sociedad capitalista caracterizada por conflictos vinculados a desigualdades y diferencias de clase, género, edad, etcétera. Me parece que en la afirmación de la moralidad masculina de los hinchas podemos leer cierta reproducción de una cultura machista, heteronormativa, paternalista y homofóbica, sedimentada desde hace varios años en nuestra sociedad, y que se fundamenta en las relaciones asimétricas que los hombres adultos heterosexuales se arrojan frente a las mujeres, los niños y los homosexuales. Pero claro está que no todo aparece como una mera reproducción automática de la concepción del mundo hegemónica. También podemos percibir ciertas impugnaciones —sin que esto signifique necesariamente una resistencia consciente en términos políticos— a los patrones estéticos y éticos dominantes que rigen en nuestras sociedades capitalistas contemporáneas. Los hinchas revierten el signo de mucho de lo estigmatizado socialmente, ellos positivizan axiológicamente el consumo de drogas y sus correlativos estados de “locura” y “descontrol”, los cuerpos grasosos y voluminosos, las marcas en la piel, ciertos actos delictivos y las mismas prácticas violentas. Por último, es necesario remarcar que la cultura del aguante parece tener una clara matriz material, es decir, de clase. Sus principios simbólicos no se pueden separar de las condiciones materiales en las que viven quienes la producen y la reproducen. Miguez sostiene que los jóvenes delincuentes, cuya mayoría también proviene de los sectores populares, realizan una “apropiación del sufrimiento que es transformado luego en un recurso profesional mediante la naturalización del riesgo al dolor y de la capacidad de producir dolor en otros” (Miguez, 2002: 9). Como ya repetimos más de una vez, no equiparamos pobreza a violencia (basta repetir una obviedad empírica: ni todos los pobres son violentos ni todos los violentos son pobres). Sabemos que las prácticas violentas ocurren con lógicas —y más notoriamente con sanciones— diferenciales en términos de clase, pero ninguna de ellas escapa a la violencia. Sin embargo, creemos que en la mayoría de los miembros de la hinchada se comparte una *experiencia de clase* en la que se forjan prácticas y representaciones más competentes para los enfrentamientos físicos de la hinchada. *Las corporalidades populares, masculinas y aguantadoras* que los miembros de la hinchada ponderan son vitales para comprender la violencia que en el fútbol tiene lugar. Sin embargo, se trata de procesos que no solo responden a parámetros normativos circunscriptos al campo del fútbol y el deporte, sino que son tributo de ciertas condiciones materiales y simbólicas de vida que deben buscarse más allá de las tribunas, los campos de juego y los diversos clubes que conforman nuestro fútbol contemporáneo. Solo con esta perspectiva integral podremos comprender cómo la violencia no solo opera como pauta identificatoria de la hinchada en tanto actor específico del campo de fútbol, sino que también es utilizada estratégicamente como un recurso que sus miembros utilizan para reconstruir identidades de género y clase.

## Notas

(1) Utilizaremos las categorías nativas de “La hinchada”, “La barra”, “La banda” y “Los Piratas” en remplazo de la noción estigmatizante y etnocéntrica de “barras bravas”.

(2) Todos los términos provenientes del argot nativo se destacarán entre comillas a lo largo del trabajo.

### Bibliografía

- Alabarces, P. (2004): *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. (comps.) (2008): *Resistencias y mediaciones: estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós.
- Alabarces, P.; Garriga Zucal, J. y Moreira, M. V. (2008): “El aguante y las hinchadas argentinas: una relación violenta”, *Horizontes Antropológicos*, año 14, N.º 30, pp. 113-136, Porto Alegre.
- Archetti, E. (1985): “Fútbol y ethos”, en *Monografías e informes de investigación: Series de investigación*, Buenos Aires, FLACSO.
- Boltanski, L. (1975): *Los usos sociales del cuerpo*, Buenos Aires, Ediciones Periferia.
- Bourdieu, P. (1986): “Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo”, en Álvarez-Uría, F. y Varela, J. (eds.), *Materiales de Sociología Crítica*, Madrid, La Piqueta, pp. 183-194.
- (1993): “Los ritos como actos de institución”, en Pitt-Rivers, J. y Peristiany, J. G. (eds.), *Honor y Gracias*, Madrid, Alianza Universidad.
- Cabrera, N. (2012a): *Violencia e identidad en una hinchada de fútbol: solo para entendidos*. Tesis de licenciatura en Sociología, UNVM, inédita.
- (2012b): “Del barrio a la cancha: violencia, territorio e identidad en una hinchada de fútbol” en *I Seminario Internacional. Territorio, Desarrollo Sostenible, Luchas Sociales y Ciudadanía*, Universidad Nacional de Villa María.
- Elbaum (1998): “Apuntes para el aguante. La construcción simbólica del cuerpo popular”, en Alabarces, P.; Di Giano, R. y Frydenberg, J. (comps.) *Deporte y Sociedad*, Buenos Aires, Eudeba.
- Elias, N. y Scotson, J. (2000): *Os Estabelecidos e os Outsiders. Sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- Garriga Zucal, J. (2005): *Haciendo amigos a las piñas: violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*, tesis de maestría en Antropología Social IDES- IDAES, Universidad Nacional de San Martín.
- (2010): *Nosotros nos peleamos. Violencia e identidad en una hinchada de fútbol*, Buenos Aires, Prometeo.
- Isla, A. (2002): “Los malvivientes”, en Gayol, S. y Kessler, G. (comps.), *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial.
- Míguez, D. y Semán, P. (2006): *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Biblos.
- Míguez, D. (2002): “Inscripta en la Piel y en el Alma. Cuerpo e Identidad en Profesionales, Pentecostales y Jóvenes Delincuentes”, *Revista Religiao e Sociedade*, N.º 1, Vol. 22, Universidad Federal de Porto Alegre
- Moreira, V. M. (2005): “Trofeos de guerra y hombres de honor”, en Alabarces, P. y Otros,

*Hinchadas*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

Rodríguez, E. R. (1998): “Fútbol y homosexualidad (un deporte de machos)”, en Albarces, P.; Di Giano, R. y Frydenberg, J. (comps.) *Deporte y Sociedad*, Buenos Aires, Eudeba.

Thompson, E. P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica.

Weber, M. (1994): *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.